

# EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR PROPIETARIO,  
JUAN J. VILLANUEVA.

SEMENARIO HUMORISTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,  
JOSÉ LUIS PELLICER.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA ó ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

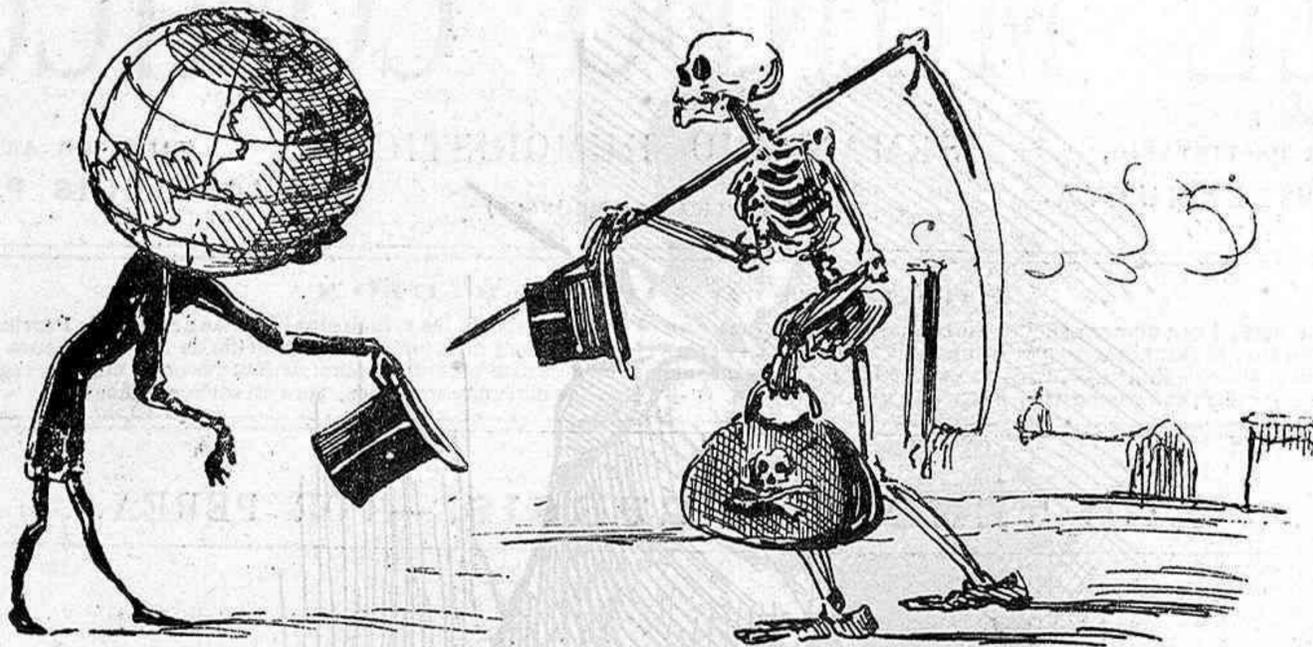
Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

## LOS TENORIOS CURSIS. — POR PEREA.



— Señora... mida usted las consecuencias de mi pasión.  
— Mi marido, que es sastre, tomará á usted la medida.

## EFECTOS SORPRENDENTES. — POR LUQUE.



La muerte huye aburrída del mundo, al saber la existencia del Dr. Garrido y sus específicos.

## ACTUALIDADES.

EL DÍA DE DIFUNTOS.

¡MUÉRASE USTED!

No te asustes, lector querido, con las palabras que encabezan este artículo, ni presumas que deseo tu muerte; ántes por el contrario, me alegraré que goces mucha salud y largos años de vida.

*Muérase usted*, suele ser la expresion que todos decimos cuando visitamos los cementerios el día consagrado por la Iglesia á la conmemoracion de los difuntos, y en vista de la algazara, por no decir mofa, con que se trata el recuerdo de los que nos han precedido en la senda de la vida.

Si es difícil que los que murieron oigan las súplicas que les dirigimos en voz baja, porque padecen sordera crónica, no lo es tanto el que escuchen el barullo y la gresca que en tal día armamos los vivos. Dios, que todo lo dispone bien, no permite que los muertos se levanten y echen de allí á los bullangueros que escarnecen la paz de los sepulcros. Yo, sin embargo, me alegrara que por sólo una vez, y en tal día, que resucitaran y arrojasen á los profanadores, como Jesús á los mercaderes del templo.

Viérase entónces más de una damisela, motivode la ruina de cien amantes, lanzar espantada las joyas que adquirió con su procacidad, y con las cuales ha enriquecido al meneguado cortejo que la acompaña.

A más de un antiguo prestamista, á quien la veleidad de los tiempos presenta como hombre honrado y caritativo, se le cayera la máscara hipócrita que encubre sus liviandades.

¡Qué de viudas y viudos que contrajeron segundas, terceras y aún cuartas nupcias, no se sonrojaron al recordarles los juramentos que prestaron de amor y de fidelidad!

Tutor habria que al pedirle cuentas de la administracion de los bienes de sus menores, sólo presentara las de su rosario, que por ser de vidrio rompiéranse al más ligero exámen.

Y si el recuerdo de las promesas no cumplidas, de la ingratitude y el abandono, no fueran causas suficientes para provocar la cólera de los muertos, tengo para mí que contribuiría á excitarla el resplandor de los cirios y hachones que falaces amigos y tornadizos parientes encendieron, tal vez para deslumbrar los ojos de los que tratan de conocer los zurcidos y composturas de un falso testamento.

Estas y otras lindezas serian suficientes para que al levantarse de sus féretros los que en ellos yacen, apagasen de un bufido cuantas luces encendió la vanidad, y desbaratasen de un soplo los lazos y coronas, ofrenda las más veces, no del cariño, sino del lujo y de la ostentacion.

*Muérase usted*, y si fué poeta ó artista, no faltará, tarde ó temprano, comprador que adquiera por un precio baladí la obra que usted haya dejado. El se enriquecerá con ella; en tanto que usted, pobre diablo, será sepultado casi de limosna en el rincón último de un cementerio, donde no tendrá ni una inscripcion que recuerde su nombre, y menos mal si le dejan allí, porque puede ocurrir, que de todo se dan casos, que le trasladen á usted á la fosa comun, junto con los criminales, el día en que no se renueven los derechos de enterramiento.

*Muérase usted*, siendo capitalista ó empresario, y ya las circunstancias serán otras: blandones, coronas, lámparas y flores... todo cuanto la moda haya podido inventar, porque tambien esta diosa entra con el hombre en el sepulcro; todo, incluso el magnífico panteon, recreará la vista de cuantos vayan á curiosear los cementerios.

Siempre me ha parecido de pésimo gusto el morirse, y ahora declaro que lo retardaré el mayor tiempo que pueda.

Eso de permanecer solo durante todo el año sin oír otra cosa que la conversacion de los sepultureros, que ha de ser poco grata; este huérfano y aquella madre que vienen á rezar; los oficinistas que asisten al entierro de su jefe, y en presencia del cadáver se regocijan con el futuro ascenso; de vez en cuando la profanacion de alguna sepultura y alguno que otro robo sacrílego; los testamentarios y deudos que aún ántes de conocer la herencia del difunto ya se la disputan; hoy la construccion de un mausoleo y mañana la apertura de una anaquelera fúnebre, pues esto y no otra cosa semejan las filas de nichos de nuestros modernos Camposantos. Estas escenas y otros detalles que no cuento, no merecen que á uno se le tumbe y encierre en una caja por toda una eternidad.

Verdad es que los cementerios parecen un áscua de oro el día y noche de difuntos, y que nada hay comparable con los gritos de los vendedores, el ruido de los carruajes, los adornos de los panteones, nichos y sepulturas y el bullicio ó bullanga de la multitud, que junto á los muros de la muerte se entrega á los goces de la vida; pero aún así, tampoco me agrada morirme. No quiero que porque el lapidario haya colocado una *v* por una *b*, este ó el otro adorno ó letrero de mal gusto, se rian de mi inscripcion,

## EN LA CALLE. — POR PELLICER.



Ya viene... Si llega á verme con *Catollo*... la escandalosa *ache*.

ó que si mi nombre y apellido tienen doble significado sirvan de burla y chacota á los que se toman la molestia de comentarlo.

Mal lo pasarán los difuntos cuyo nombre sea *Alegría*, *Vivo*, *Hermoso*, *Risueño*, etc., etc. Aun cuando el asunto se presta, omito hablar de los infinitos chistes, anécdotas, ocurrencias y murmuraciones que en tal día se oyen en los lugares del eterno reposo.

Allá se las hayan los que aburridos del mundo y de sus pompas digan con el poeta:

«Ven, muerte, tan escondida  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva á dar la vida.»

Tú que eres de otra opinion, lector querido, y fiel observante de las tradiciones y costumbres de Madrid, el día de difuntos gira tu socarrona visita á los Camposantos, y llegada la noche, despues de haber encendido hasta una caja de lamparillas en memoria de tus antepasados, ahogas

la pena de tus recuerdos de familia atracándote con la carne del animal que no nombro, de buñuelos y de aguardiente, y luégo terminadas tus oraciones, aunque seas cristiano, para mejor solemnizar el día, duérmete con una turca, pues como dijo no sé quién, la última vanidad del hombre es su epitafio.

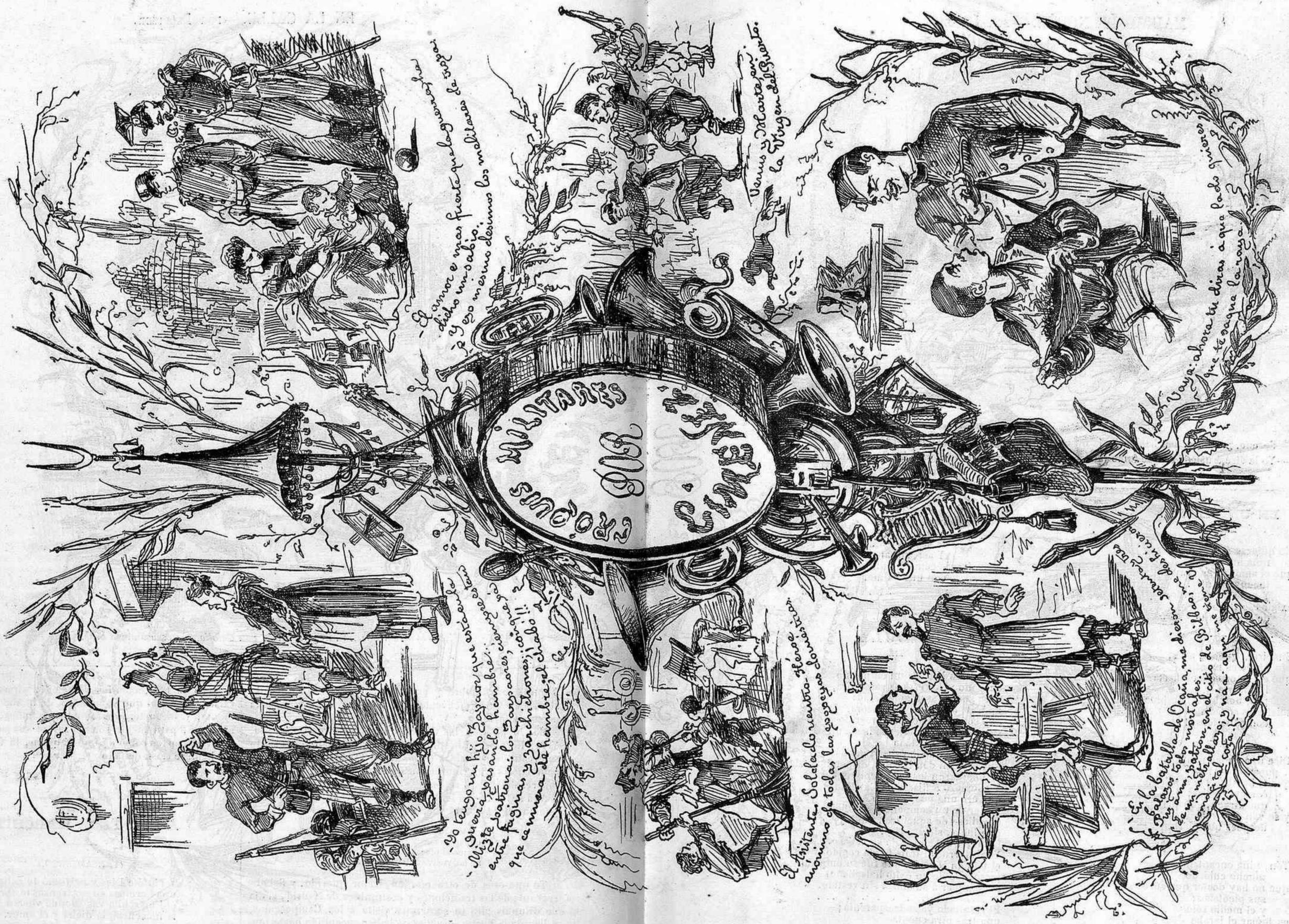
Enrique Príncipe y Satorres.

### Á UNA FLOR MARCHITA.

(PENSAMIENTO.)

Pintóte Dios y perfumó tu cáliz;  
una hermosa en sus trenzas te abrasó;  
ora marchita vas adonde vuelan  
la inocencia, la dicha y el amor.

Juan Manuel Marin.



El amor e mas fuerte que el odio  
 dicho un sabio.  
 y yo me me desimo los molinos de la guerra

Venus delante por  
 la Virgen del Suroeste.

No tengo un hijo Zayara que me  
 guerra, pasando hambre.  
 entre batallas, los Zayares, con  
 que fagina, y Zanchichones, con  
 que ce miera de hambre, el chabo

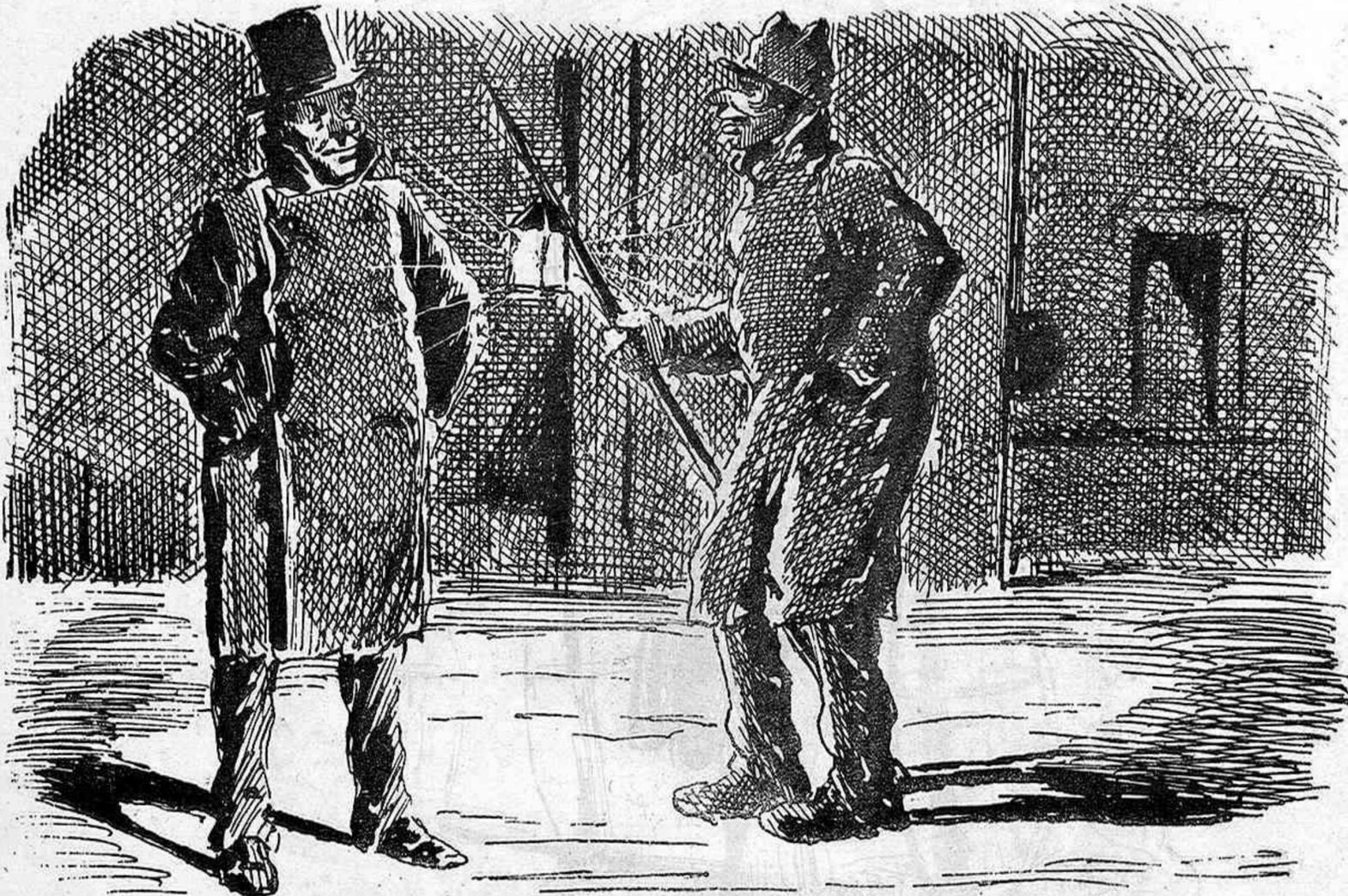
El Asistente, Soldado nuevo, se  
 anonimo de todas las espigas como  
 el trigo.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!  
 que te saque la raya

En la batalla de Ocaña, me dieron un  
 palazo, todos mortales  
 de un batallon, en el sitio de  
 con el tal cosa, y náa, aquí me  
 con el tal cosa.

Siempre sea  
 me de la guerra

## MADRID DE NOCHE.— POR LUQUE.



— Sereno, ¿cómo es que hace más de un mes que no le oigo á usted cantar?  
 — Yo le diré á usted; es que fumo tabaco del estanco, y así, ni el *mesmo Nicolino* canta.

## EN UN ÁLBUM.

No quieras á los hombres  
 niña inocente,  
 que el amor tiene graves  
 inconvenientes.  
 Y es lo más cuerdo,  
 exigir escritura  
 de casamiento.

Suspiros, quejas, ayes,  
 todo es mentira,  
 que en amor sólo es cierta  
 la Vicaría.  
 ¡Ay, hombres, hombres,  
 sois unos cocodrilos  
 con pantalones!

Dice una amiga mia  
 puerto-riqueña,  
 que el hombre y la serpiente  
 corren parejas;  
 que atraen, silban,  
 y se van coleando  
 despues que pican.

Ten, niña encantadora,  
 mucho cuidado,  
 que no hay doctor que cure  
 sus picotazos;  
 y el medio sólo  
 es tomar el jarabe  
 del matrimonio.

Ódia á los hombres todos,  
 que son el diablo;  
 y al que te pida un beso,  
 le das un palo.  
 Y así, sin ansias,  
 verás cómo te entierran  
 con una palma.

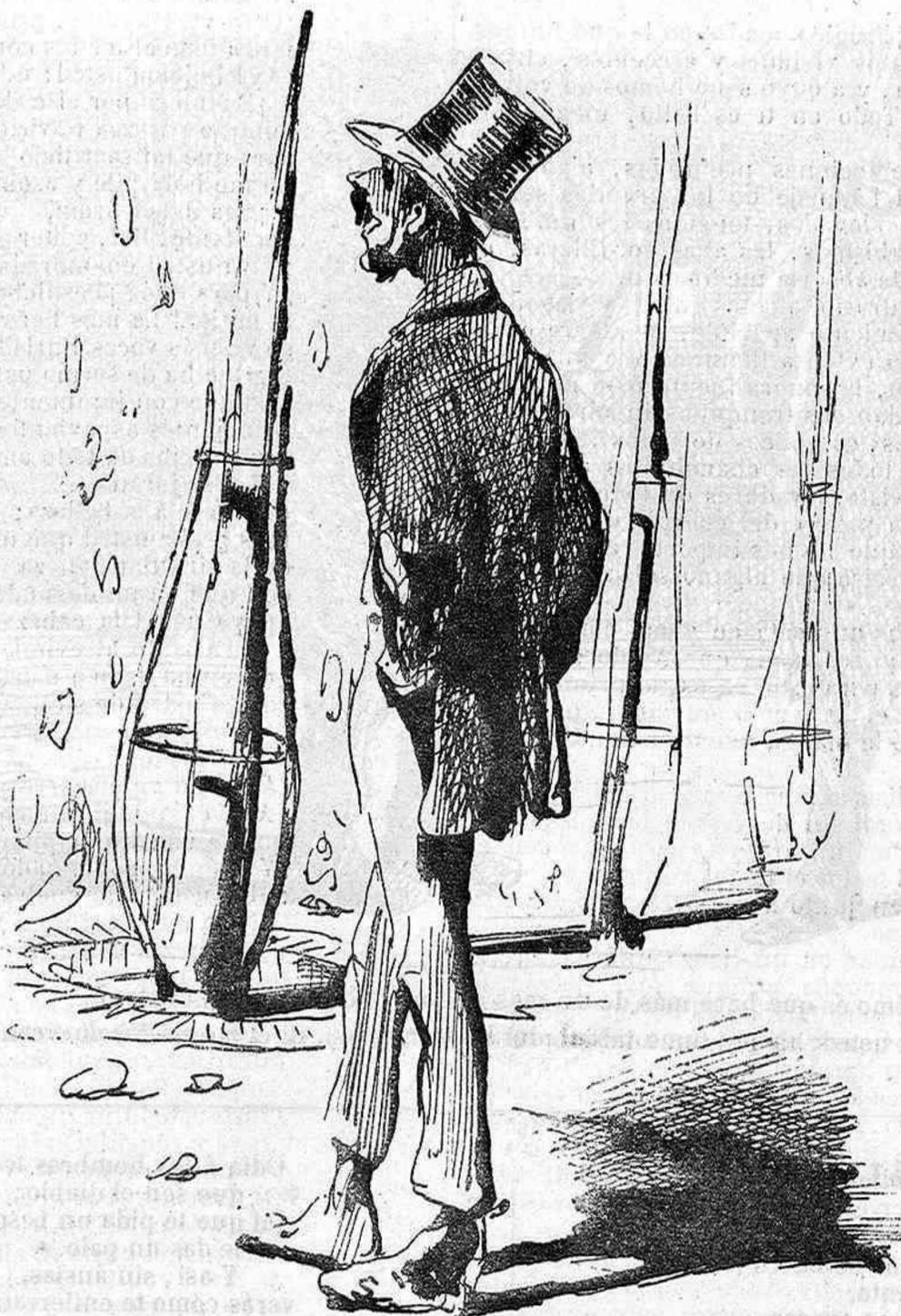
Luis Taboada.

## FÁBULA.

Era don Nicolás un empleado  
 de genio vivo, esposa gastadora,  
 y un sueldo asaz menguado:  
 figúrate con esto, pia lectora,  
 qué colerina atacaría al marido  
 siempre que su mujer se hacia un vestido.  
 Fué tan larga la lista  
 de cuentas que llevaba la modista,  
 que al buen don Nicolás, dispendios tales  
 le amargaron los goces conyugales.  
 Y comenzó á fijarse en Catalina,  
 que era una guapa chica,  
 mujer de un compañero de oficina,  
 envidiosa de aquel tren tan lujoso  
 que lucía, sin ser rica,  
 la mujer del amigo de su esposo.  
 Y tal horror al traje habia cogido  
 el tal don Nicolás, que fué su empeño  
 (coronado de un éxito halagüeño)  
 contemplar á su amiga sin vestido.

El resultado ya se trasparente;  
 una tras otra cuenta  
 le arruinaron de modo,  
 que el hombre se empeñó hasta el codo.

## OBSERVACIONES. — POR PELLICER.



Ya caen las hojas otra vez... ¡Cuándo me caerá á mi la lotería!

Y ya desesperado,  
juntando de dictámenes gran copia,  
exclamaba con pena:  
*«Cruelmente, Señor, me has castigado;  
mucho cuesta vestir la mujer propia,  
pero más cuesta desnudar la ajena.»*

F. Serrano de la Pedrosa.

## DIALOGO.

—¿Quién es ese que á caballo  
luce el talle en el paseo?  
—Esa es la mejor espada  
donde el sol hace reflejos.  
—Y diga usted, ¿es general?  
—No señor; es un torero.

Juan Antonio Barral.

En un convite se quedó sin ración uno de los invitados,  
por descuido del que repartía los platos.  
El olvidado gritó: «¡sal, denme ustedes sal, más sal!»  
—¿Para qué? dijo el repartidor.

— Para echarla en mi plato cuando usted me le dé, dijo  
el olvidado.

## EPIGRAMAS.

Muerta de hambre y helada,  
cierta gitana chistosa,  
una noche tenebrosa  
pedía á gritos posada.  
—Aquí no cabes; taimada,  
el posadero decía.  
Y ella en tanto respondía:  
—Abra osté, so Serineo;  
¡cabe Pilato en el *Creo*,  
que es cosa más reducia!

A. Sanchez Moguel.

Sus dos sombreros compuestos  
fué á buscar el buen Clavijo,  
y el sombrerero le dijo:  
—¿Los va usted á llevar puestos?

José Estremera.

## LOS ARROYUELOS.

¡ Hermosa naturaleza! ¡ Pródiga madre en la que fuimos formados, con cuyos frutos vivimos y crecemos, cuyos espectáculos nos inspiran, y á cuyo seno hemos de volver convertidos en polvo! ¡ Todo en tí es bello, magnífico, grandioso!

Si queremos buscar emociones profundas, algo que hable á nuestra alma el lenguaje de los grandes sentimientos y las ideas más elevadas, tenemos los umbríos bosques, los profundos abismos, las altas cordilleras, el cielo y el mar, orígenes de absorta meditacion.

Si buscamos, por el contrario, afectos dulces y risueños, recreo plácido; entretenimiento apacible, la alegre campiña, la frondosa vega, la extensa llanura acá y allá sembrada, mosaico de cultivo, la sonora fuente ó el murmurante arroyuelo nos brindan sus tranquilas inspiraciones.

Pero ¡ah! los arroyuelos, cómplices de todos los poetas *cursis*, encubridores de todos los chanchullos amorosos del romanticismo positivista, lavadores de todos los piés de Filis descuidadas de la policia del cuerpo, descubridores de todos los secretos que no nos importa saber; ¡ infelices arroyuelos! será preciso que alguno salga á vuestra defensa.

Observadlo bien. Apenas un poeta en yema comienza á llorar las desdichas de guardaropía que Apolo guarda á disposicion de los noveles para estos casos, lo primero que se le ocurre decir es que el arroyuelo murmura, ó le pregunta lo que murmura, ó le manda que no murmure, que eso va en gustos.

Quiere pintar un novelista alguna escena difícil en donde sea preciso hacer á la moral un desgarron tamaño: pues coloca á los amantes junto á un arroyo, para que con el ruido del agua no oiga el lector el de los besos.

Amantes que se reunen junto á un arroyuelo... ya se sabe, son amantes al agua.

Desea un pintor presentar en un lienzo una pastorcita muy inocente y muy remonona, aunque lleve polvos de arroz y huela á pacholí, pues forzoso ha de ser colocarla, contra todas las prescripciones higiénicas, con las puntas de los piés metidas en un limpido arroyuelo.

Pero hay más: se le dice á todas horas en las novelas de á cuartillo, que serpentea, ya ven ustedes si esto es grave; que se desliza, lo que es una acusacion; que parece una cinta de plata, símil desdichadísimo que trasciende á galones de portero sobre ser mentira insigne, porque eso de parecer de plata serán los arroyos extranjeros, porque si fuera así en España, los habrian empañado á estas horas.

Por último, no hay poetaastro dulzarron, ni escribidor plagiario, ni orador florido y pretencioso, que no emplee siempre el diminutivo. Para toda esta gente el arroyo no existe: sólo resbalan, ó se deslizan, ó corren ó se despeñan por la montaña, en la llanura, á través de la grama, bajo los copudos árboles, entre las guijas ó sobre las rocas, los infelices arroyuelos.

Y es porque estos desdichados, no han protestado jamás contra los falsos testimonios levantados á sus buenas intenciones, prefiriendo emplear el tiempo que habian de gastar inútilmente tratando de convencer á los necios, en convertirse en acequias que llevan á todas partes vida, frescura, belleza y bienestar.

A. Ruigomez.

## REPULGOS DE UNA DONCELLA.

—Vamos, estése usted quieto: no me urgue usted; ¡ qué pesado! sea usted prudente, ó me enfado si me falta así al respeto.

¡ No creyera ultrajes tan inauditos de un caballero! ¡ Que á gritos voy á empezar, si usted empieza de nuevo! ¡ Mala cabeza, estémonos quietecitos!

¿ Por qué, si herido se siente de pensamientos tan locos, no va usted con esos cocos á la vecina de enfrente?

Es hermosa,  
y su mirar zalamero  
ablandará al mismo acero...  
¡ Otra vez! Vamos, prudencia;  
tenga usted al ménos conciencia.  
¡ Ay! Déjeme usted: no quiero.

¡ Bueno es por sí cada hombre,  
aunque parezca novicio,  
para que tal sacrificio  
no me horripile y asombre!

¡ Sea usted firme,  
constante, fiel, generosa!  
¡ Viva usted enamorada!...  
¿ Y para qué? ¡ Desdichada  
la mujer! La más hermosa  
se ve más veces burlada.

¿ Que ha de serme usted constante  
sostiene con juramento?  
Semejantes aspavientos  
son propios de todo amante.

Todos juran  
eterna fé á la belleza;  
mas ¿ sabe usted que me asombro  
de la singular llaneza  
con que en mi desnudo hombro  
apoya usted la cabeza?

Para tanto atrevimiento,  
¿ quién ha dado á usted licencia?  
¡ Salga usted de su demencia,  
ó de mi amor me arrepiento!

¡ Atrevido!  
¿ Así á mi amor corresponde?  
¿ Así, cuando jura amarme,  
quiere usted precipitarme?  
¿ Y adónde, señor, adónde?  
Salga usted: no vuelva á hablarme.

Pero no; aquí á mi lado  
permanezca usted tranquilo:  
que no ha de temer el filo  
de la espada el buen soldado.

¿ No es más dulce  
mirarnos tranquilamente  
con celestial embeleso?  
¿ Dice usted que quiere un beso?  
¡ Vaya y venga! ¡ Oh Dios! ¡ Qué ardiente!  
¡ El nos perdone este exceso!

¿ Gracias? ¿ Por qué? ¿ Mi existencia  
no es de usted? ¡ Ah! Bien lo sabe.  
Ninguna el gusto se alabe  
de amar con tanta vehemencia.

Yo tan sólo  
puedo amar con frenesí  
y á mi pasión poner freno...  
¿ Que soy dichosa? ¡ Ay de mí!  
¿ Por qué oprime usted así,  
contra mi pecho, su seno?

Basta y sobra, caballero;  
yo nunca he dado... (¡ Qué escucho!)  
Tales pruebas... (¡ Esto es mucho!)  
Ni verle ni oírle quiero.

Usted sepa  
que con toda su insolencia  
inútilmente se afana  
para burlar mi inocencia.  
¡ Salga usted de mi presencia!...  
Pero... vuelva usted mañana.

Manuel María de Santa Ana.

Un chico, en una comida que sus padres daban, se puso á lamer el plato despues de haberse comido el dulce que le habian puesto.

— Pero, Luis, que te pego; no hagas esas cochinas.  
— Pues tú bien las haces cuando no hay nadie delante.

Solucion á la charada del número anterior.

PERA.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.